

# ESPERANZA



## **CUENTOS FANTÁSTICOS Y OTROS NO TANTO**

**S**i hubiera habido algún observador en el espacio exterior que hubiese tenido la oportunidad de contemplar nuestro planeta Tierra en aquellos momentos, se habría dado cuenta al instante de que algo era diferente allá abajo. La hermosa esfera azul que flotaba ligera en los vacíos negros, había cambiado de color. Durante unos breves segundos, y solo en algunas zonas, un velo color ocre había mancillado su frescura de verdes azulados y el blanco de las aguas y las nubes. Desde las infinitas distancias siderales el velo destructor se negaba a descubrir su presa. Pero sobre la enorme superficie de la Tierra, en algunos lugares, la luz vivificante del inmenso astro Sol, parecía llegar con su brillo y su calor habituales. Y precisamente en uno de esos lugares que habían sido favorecidos por la diosa Fortuna, es donde aconteció esta pequeña historia...

Lentamente, el niño abrió sus ojos polvorientos. Se restregó la cara con unas manos sucias, embarradas. Se incorporó despacio, dolorido logró ponerse en pie. Miró a su alrededor. Ya recordaba. El estallido horrible, la explosión sobrehumana, la sangre de sus labios... De nuevo recordaba. Tenía que moverse, y acercarse ligero a su pequeña aldea. Como él, alguien podía estar vivo y si eso era posible seguro que lo hallaba. Se apoyó sobre un leño destrozado, y volvió a arrodillarse; las piernas le fallaron. De nuevo se dejó caer sobre la hierba verde. Verde porque aún estaba viva y blanca por la cal de las paredes de las frágiles casitas reventadas. Cerró los ojos y perdió el sentido, la conciencia, y casi se le escapó la vida. Llegó la noche. La luna amarillenta lo iluminó entre el maltrecho ramaje de los árboles. Redonda y orgullosa, fría y distante se dio un largo paseo por el firmamento, indiferente a todo, se acercó al horizonte y se ocultó tras él. La noche no fue fría, pero el amanecer llegó madrugador con su frescura, y le regaló al

bosque el tul de su rocío y cuando el sol le dio vida a sus gotas, estas resbalaron dulcemente sobre el rostro del niño.

El muchacho, cuyo nombre ignoramos, volvió a abrir los ojos. Volvió a mirar lo que lo rodeaba y recordó de nuevo. Pero esta vez, sereno. Sus lágrimas se unieron a las gotas de rocío que humedecían sus ojos y, que al contrario de estas, ardían al rodar por sus mejillas. Sólo el sol pudo medir el tiempo que aquel llanto duró, y cuando sus rayos caían verticales sobre el cuerpo del pequeño que seguía tumbado bajo el follaje roto; el niño, por fin, se levantó. Se puso en pie, comenzó a pellizcar su carne magullada, sentía cierto dolor, y entonces se dio cuenta de que seguía vivo.

Mientras caminaba despacio hacia la aldea, comenzó a percibir ciertos sonidos. El piar de los pájaros con trinos delicados y armoniosos, el crujir de las ramas bajo sus pies descalzos y el susurro misterioso del invisible viento. A lo lejos, cerca del horizonte, donde acababa el bosque, vio con desolación la montaña de es-

combros. Los cascotes deformes, los hierros retorcidos, los bloques de granito y los pequeños ladrillos de barro polvoriento y cobrizo. Lo que en su día fue aguda espadaña de ermita, se doblaba humillada y vencida sobre la triste ruina. El niño de golpe, quedó quieto. Las piernas le temblaban y el hambre le roía las tripas. Ya conocía el hambre, no le era desconocida; buscó con la mirada de experto vagabundo, alguna baya que lo aliviara un poco. Sabía que muy cerca del pueblo corría un riachuelo que calmaría su sed, pero antes tenía que comer. Era preciso recuperar las fuerzas si quería vivir. Si había vuelto a nacer tenía que haber sido por algo extraordinario y deseaba saber cuál era ese motivo.

Cuando alcanzó los primeros desechos de la aldea, el sol con un color rojizo y despiadado a punto estaba de perderse tras las viejas colinas. El niño buscó refugio para pasar la noche, apoyado en el tronco de un viejo olmo milenario y triste que había sido, en su día, de su especie orgullo, y que seguía manteniendo la fuerza de la vida. El sueño pronto acudió para dormir al

niño, cansado como estaba y ahíto de moras, espárragos salvajes, tomatitos silvestres, cebolletas y alguna que otra hierba del camino que se había atrevido a probar sin conocer su nombre.

Tres lunas y tres soles alternaron sus paseos por aquel firmamento sin jamás encontrarse, y al cuarto amanecer el niño, con el calor del sol, se volvió a despertar. Estaba muy confuso. Él se sabía vivo, pero algo en su interior había transformado su percepción del mundo. Su corazón latía, sí, pero golpeaba su pecho con un ritmo sereno, sin ninguna emoción. Ya no sentía miedo, ni odio, ni rencor a medida que caminaba entre aquellos cascotes destrozados y anónimos que habían formado parte de refugios humanos. Despojos de ladrillos de adobe, de cemento, de cañas y de barro, de granito, de mármol, de hierros oxidados, de asfalto pestilente o de todavía brillantes aceros y cristales.

El niño, barrió con su mirada aquel triste escenario desprovisto de vida. Sintió hambre de nuevo y pensó que en el bosque hallaría más ba-

yas, más vida y más calor y el agua del arroyo calmaría su sed. Caminaba despacio, rígido cual autómata con los pies destrozados dejando huellas rojas sobre las crueles aristas. Pero no sentía nada. Hasta que de repente una luz en el cielo seguida del trepidar del trueno lo llenaron de horror. Y volvió a recordar. Se acordó de la guerra y también de la paz, empezó a hablar de nuevo, a gritar a cantar a voz en grito y a limpiarse la sangre con el agua bendita que lo empapaba todo. Se acordó de sus padres de cuando lo abrazaban pero él era pequeño. Y no recordó más.

Bajo sus pies, el barro se había convertido en un bálsamo suave que alivió su dolor y el olor de la lluvia empapando la tierra le hizo sentir algo en el interior de ese pecho que, hasta entonces, parecía vacío. Ya había alcanzado la linde del bosque y a unos cuantos pasos lo esperaba su olmo, su amigo y protector. Con nubes en el cielo y el sol ya recogido la noche sería oscura pudo pensar el niño que ya había recuperado el arte de pensar. Se acurrucó junto al tronco, se

cubrió con puñados de barro y hojarasca porque sentía frío y se quedó dormido...

El sol lucía de nuevo como un amigo fiel, iluminó la sucia carita del pequeño y algo muy suave, muy sutil, acarició su frente y el niño despertó.

— ¿Quién eres, cómo te llamas?

Le dijo la pequeña que tenía delante. De pie, sucia, sonriente y vestida con harapos como el mismo chaval.

El lodo seco que cubría los ojos del muchacho impidió que estos se abrieran totalmente. Pero eso que palpitaba en su interior comenzó a golpearle con fuerza el pecho, el cuello y todo su cuerpo comenzó a vibrar. Y el niño volvió a recordar lo que era sentir una fuerte emoción. Y quedó mudo.

— Yo me llamo Esperanza ¿Cuál es tu nombre?

Durante unos segundos, se paralizó el tiempo. Ante la mirada sonriente de la pequeña, el niño reaccionó.

— No lo sé, no lo recuerdo. Contestó tras un leve carraspeo.

— Bueno, mientras lo recuerdas te llamaré Memoria. Levántate. Te llevaré al arroyo; allí te enseñaré a pescar y podremos lavarnos en sus tranquilas aguas.

— De acuerdo. Contestó Memoria. Y luego nos iremos a mi pequeño valle y te regalaré sus exquisitas bayas...

Madrid, noviembre de 2014